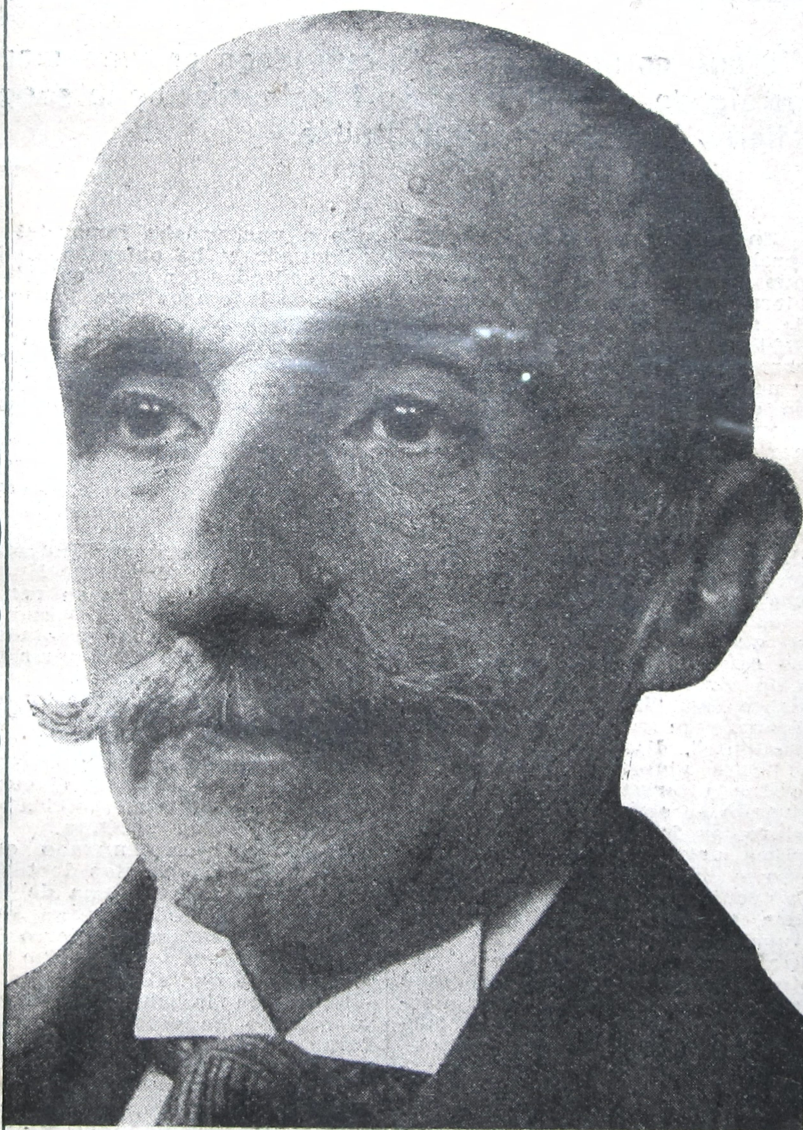


LA NOVELA SEMANAL



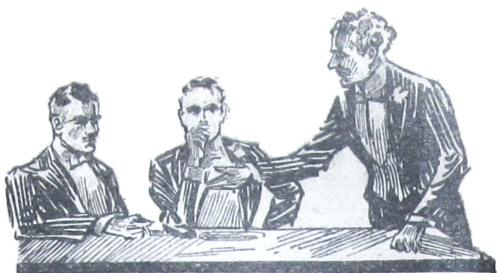
Del Parnaso al chiquero

POR

EUSTAQUIO PELLICER

* **PRECIO: 10 Centavos**

Lo afirmo y lo afirmaré siempre



Porque es una convicción que tengo profundamente arraigada, que el poderoso fortalecedor de la sangre Hierro Nuxado es insustituible.

En millares de casos he comprobado los excelentes resultados que han derivado del uso del hierro nuxado en los enfermos de anemia, palidez extrema, debilidad orgánica, linfatismo, cansancio cerebral, extenuación y neurastenia. Siempre he hallado en este poderoso tónico un cooperador eficiente para obtener el completo restablecimiento de mis enfermos.

Y por sí no es suficiente mi autoridad de médico experimentado, citaré ahora la opinión de ilustres colegas, que coinciden en un todo con mis asertos sobre tan importante cuestión.

El doctor King, en el discurso que pronunció el 27 de marzo del año pasado, en el Instituto Frenopático de Michigan, sobre las "Enfermedades cerebrales y su tratamiento más conveniente", dijo:

"Para vigorizar el cerebro y evitar ulteriores consecuencias, cuando se observan los primeros síntomas de una neurosis, es de suma urgencia administrar hierro a los enfermos, dosificado convenientemente y en forma que no afecte en absoluto las funciones digestivas. Con este tratamiento se evita que el mal tome incremento y se consigue así normalizar el funcionamiento cerebral, vigorizando al mismo tiempo el sistema nervioso y el organismo entero del paciente".

Y el doctor T. A. Wallace, director en jefe de la New-York City Clinic, dijo en otra ocasión: "He sujetado el hierro nu-

xado a una prueba imparcial y prolongada y he obtenido siempre resultados tan satisfactorios, en todos los casos para los cuales su uso está indicado, que he adoptado su tratamiento a multitud de enfermos, confiado plenamente en sus inmejorables cualidades. Gracias a ello son una infinidad los clientes que me están agradecidos por haberlos aliviado de graves dolencias."

Y si así se expresan esos eminentes médicos, cuya ciencia es de todos reconocida y ensalzada, justo es expresar nuestra admiración por el Hierro Nuxado, ya que a él deben su restablecimiento millares de personas cuyas fuerzas estaban agotadas y que han vuelto a adquirir vigor y energía poderosos.

Por estas razones, debe tomarse Hierro Nuxado en tabletas, porque en esta forma está cuidadosamente dosificado y en proporción tan exacta que el cuerpo recibe la cantidad precisa de regenerador que necesita.

Nota: El hierro nuxado que arriba recomiendan los doctores King y Wallace es una de las formas más modernas en que hoy día se prepara el hierro orgánico. En esta forma tiene las ventajas de que el organismo lo asimila con la mayor facilidad, de que no ennegrece la dentadura y de que no revuelve el estómago. Es un medicamento poderoso en casi todas las formas de indigestión, nerviosidad, anemia, desarreglos del hígado, pobreza de la sangre y otras enfermedades.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Único importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255 — Buenos Aires

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida

Único Concesionario para la venta en la Capital Federal:

LUIS B. GALVAN.

gente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

gente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

gente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.

gente en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

gente en Córdoba y Río de Janeiro: NICOLAS GULFO.

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos •

PUBLICADAS

- La evasión, de Benito Lynch.
- La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras.
- El babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
- Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
- Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
- Plutón, de Julio Navarro Monzó.
- Bobó, de Miguel R. Roquendo.
- La Esfinge, de Julio del Romero Leyva.
- En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
- La voluptuosidad del poder, de Pedro Sonderegger, 1.ª parte (agot.)
- " " " " " " 2.ª " "
- " " " " " " 3.ª " "
- El tul violeta, de la Sra. de R. de Orlandiz.
- La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
- El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly.
- Holocausto, de César Carrizo.
- El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.
- La diva, del Marqués de Atela.
- Hipódromo, de Mario Bravo.
- La revelación, de José León Pagano.
- El caballo de Carcela, de José de Maturana.
- Dorios, de Cyro de Azevedo.
- La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.

Cúrele el resfriado a su hijo, dándole a tomar el Jarabe de Higos "California"

Limpia el hígado y los intestinos delicados, y el niño se cura instantáneamente. •

Quando su hijo tenga un fuerte resfriado, no aguarde más tiempo; dele a su pequeño estómago, hígado e intestinos, un laxante suave, pero eficaz. Si el niño está intranquilo, malhumorado, indiferente, pálido, no come, no duerme ni se porta bien; si tiene el aliento fétido y el estómago ácido, dele una cucharita del Jarabe de Higos "California," y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos ese estreñimiento venenoso, billis ácidas y comida no digerida, y el niño volverá a estar sano y contento.

Si su hijo tose, y ha cogido un resfriado, o está febril o tiene mal la garganta, dele una buena dosis del Jarabe de Higos "California," para limpiar los intestinos,

no importa que se le esté dando otro tratamiento.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este "laxante de fruta" inofensivo. Millones de madres lo tienen siempre a la mano, porque conocen su acción en el estómago, hígado y los intestinos y saben que es rápida y eficaz. También saben las madres que un poco de este jarabe que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos "California," que contiene las direcciones completas impresas en cada botella, para niños de todas edades y para adultos. Cútese bien de otros jarabes falsificados de higos. Compre el genuino, fabricado por "California Fig Syrup Company".

CASA ROSETTE

DE
Lorenzo Escayola

:: **CORRIENTES
Y MAIPÚ**

GRAN ESTABLECIMIENTO DE CALZADOS



Exposición permanente en botas y 1/2 botas para CAZAR y para CAMPO, materiales garantidos, impermeables y confección de primer orden.

Podemos garantizar a los señores CAZADORES los artículos que vendemos por constituir una de nuestras grandes ESPECIALIDADES.

Visiten nuestro establecimiento y observen las vidrieras.

No. 316—**BOTA** de becerro color o negro, para cazar o para campo. garantida impermeable, en caso contrario se cambia por otra o se devuelve el dinero .. \$ **65.00**

1/2 **BOTA** id. id. \$ **38.00**

1/2 **BOTA** becerro color para cazar o campo.. \$ **30.00**

No. 173 — 1/2 **BOTA** becerro negro americano, doble suela, especial para peones de estancia.. \$ **25.00**

No. 174—1/2 **BOTA** becerro color norteamericano 'Florsheim' para cazar o campo \$ **48.00**

NOTA.—También tenemos gran existencia de botines de becerro color o negro y polainas en todos los estilos.

DIRECCION:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

El lunes próximo se publicará
EN NÚMERO EXTRAORDINARIO DE 40 PÁGINAS
N.º 33
Cristina

NOTABLE NOVELA DRAMÁTICA, ESCRITA POR EL DISTINGUIDO LITERATO
ALFREDO DUHAU

Del Parnaso al chiquero

NARRACIÓN NOVELESCA Y FESTIVA

POR

EUSTAQUIO PELLICER

¡Hórrida nox!

Lluvia torrencial, viento aciclonado, truenos fragorosos, relámpagos fulminíferos... Era una noche espantosa, y no decimos "de perros", porque ni uno tan sólo se veía en las calles de la ciudad, desiertas también de gente, que, tímida como los canes, esquivaba la cólera de los elementos.

Unicamente los vehículos circulaban en crecido número; pero puede asegurarse que no lo hubieran hecho los de tracción a sangre si en estos casos prevaleciese la voluntad de las bestias sobre la de sus conductores.

Marcaba las siete el reloj de la Municipalidad y, junto con las manecillas, debió anunciar la hora la campana del mismo; pero ¿quién iba a oírlo con el retumbar de los truenos y la ensordecedora baraúnda del huracán y del chaparrón, éste con sus traquidos y aquél mugiendo y silbando como un energúmeno?

En punto a esa hora, vióse aparecer tras los vidrios de un balcón, en no lejana calle del centro, la figura de una mujer, y a un "refucilo" tan oportuno como deslumbrante, debemos la

NOTA: — Debido a la falta de papel hemos tenido que postergar la salida de las reediciones, que definitivamente se pondrán en venta el día 2 de julio próximo.

Hacemos notar a los numerosos interesados que desean adquirir la colección la soliciten de inmediato en los kioscos, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior, pues los números que se agoten no se volverán a rehacer.

suerte de haber podido reconocer en la femenina aparición a una joven como de 18 a 20 primaveras, de cabello abundoso, lacio y cuyo color pasaba de castaño obscuro; ojos negros, hundidos y fosforescentes; nariz recta y filosa, como daga; boca pequeña, de labios exangües y provista de dos hileras de dientes que interrumpía una mella en los incisivos superiores; cuello largo y estrecho, trasunto de las botellas de Chianti; pecho plano, como la Pampa, y tronco tan canijo y desmirriado, que más parecía etéreo que tangible. No se vió jamás menos carne en el refectorio de un convento el día de Jueves Santo, ni más huesos en una refinería de azúcar. Hubiérasela creído espíritu puro a no haberla visto estornudar como las personas y a no haberla denunciado semejante a ellas el gesto de disgusto que frunció su entrecejo, contrajo su boca y agitó los lóbulos de su nariz, avinagrándola el "seracho" como un encurtido.

¿A qué respondía aquella contrariedad? ¿Quién era la joven contrariada?

Colémonos sigilosamente en su habitación, y una vez instalados en el más oculto sitio, seamos mudos, aunque indiscretos testigos de cuanto a nuestra curiosidad convenga.

—¡Es inútil engalanarse! Con esta horrible noche nadie abandonará su morada ni para regalarle con los ecos de mi cálambo —dijo la joven translúcida a una señora igualmente filiforme y conformada para "grisin", que, frente a un espejo, daba los últimos toques a una ringlera de ganchos de pelo con que se había exornado la frente, como destinándola a muestrario de algún objeto colgante.

—Puede que abonance, m'hija. Martín Gil no ha predicho el fenómeno, lo que debe hacernos suponer que es contingente, adventicio y transitorio.

Logomanía contagiosa

Apresurémonos a decir que Deolinda, la joven, como doña Escolástica, su mamá, pues así se llamaban, eran dos ejemplares de la especie exclusivamente nacidos para la vida espiritual. en la más vacua de sus acepciones. Dotadas de más imaginación que pulpa, el cosmos resultaba chico para su fantasía ambulatoria, insaciable de espacio donde expandirse con holgura.

Educación, fatuidad ingénita, naturales tendencias a lo cursi o lo que fuese el causante de su morbosos idealismo, es el caso que doña Escolástica creció y se multiplicó en la más estéril de las actividades mentales y en la más empalagosa dedicación al cultivo de la sabihondez filológica y del culparlismo macarrónico.

Impúber aún, ya gustaba de las lecturas floríferas, principalmente las poéticas y conocía los neoclásicos y superclásicos como si los hubiera llevado en las propias entrañas.

—Cuando los "decadentes" la emprendieron con el neologismo, la voz arcaica, la imagen fúlgida y el galimatías verborrágico, la joven Escolástica se sintió influida del malabarismo fraseológico y se entregó a él en cuerpo y alma, resuelta a purificar su lenguaje plebeyo y dotarle de los vocablos y locuciones tanto

más dignos de empleo cuanto menos comprensibles para los indoctos.

Y tal diligencia puso en la compulsa de libros y léxicos, que muy pronto se halló en condiciones de presentarse a su mamá para decirle:

—Progenitora: la urdimbre de esa prenda con que recato las tibias tiene varias soluciones de continuidad que exteriorizan la epidermis.

—¿Qué dices? — preguntóla con asombro la madre.

—Que la trama del textil inconsútil de mis soportes anatómicos, se ha vulnerado por diversos sitios, algunos de los cuales son perceptibles a la pública visualidad.

Y a fuerza de muchas explicaciones aclaratorias, vino la madre a saber que a Escolástica se la habían roto las medias y que necesitaba otras, poniendo a la señora en el caso de decirle:

—Mucho más fácil que anunciármelo de esa manera enrevesada, te hubiera sido zurcirlas, haraganota.

Pirogenia hereditaria

Escolástica, no obstante su sibaritismo ideológico e idiomático, se casó con un fabricante de fideos, insólito epílogo de una doncellez consagrada a las más sublimes deleitaciones y a los más dulces ensueños.

Pero hay que decir, en su descargo, que el preferido de su corazón no fué el mencionado industrial, sino un joven rimador de ternezas amoratorias y de hondos conflictos de alma, que escribía en un periódico excesivamente literario de la localidad y por quien sintió desde el primer instante un singular afecto. De sensibilidad y lirismo afines, la conjunción se imponía, y ésta se produjo en un baile donde Escolástica tuvo ocasión de conocer al poeta y de confesarse su admiradora, al compás del "schotis" con que enlazaron por primera vez sus cuerpos.

El amor sobrevino a la danza, y durante algunos meses sostuvieron una comunicación, que obligaba a hacer furtiva la estrecha vigilancia de los padres de la niña, resueltamente opuestos a unas relaciones tan poco prometedoras de felicidad a base de buena alimentación.

—Ese mozo — había dicho a su esposa el padre de Escolástica — no sabe hacer más que renglones a cordel y lloriquear contando por los dedos las sílabas que deben contener sus lágrimas. ¿Para qué sirve un hombre así? ¿Crees que en el almacén y en el mercado van a proveerlos de víveres a cambio de lamentaciones manuscritas y de palabras que concluyen con las mismas letras?

Pero los encamotados jóvenes, que en esa disconformidad paterna habían encontrado un nuevo incentivo, mantuvieron inquebrantables sus juramentos, y, burlando las asechanzas y persecuciones, y haciendo oídos sordos a la repulsa y a la prohibición conminatoria, siguieron en su idílico intercambio de rosadas ilusiones y de íntimos anhelos, ora de viva voz, por la reja de un sótano, en la calle, en la mercería y hasta en la iglesia, ora por escrito, con la complicidad del correo y de la mucama, a quien

el apasionado y astuto galán dirigía la correspondencia, cuando no podía dársela en propia mano.

Poco disimulada la letra en el sobre de una de las cartas, sin duda por el apuro con que fué escrito, el padre de Escolástica descubrió que era del cortejante de ésta, y, maliciando que fuese la verdadera destinataria, no vaciló en abrirla, encontrándose con el siguiente autógrafo:

"Mi cólica y divinal Escolástica: Cada vez más inflamado de ardiente pasión, mi pecho ígneo semeja un volcán en cuya lava encontraré la tumba como Pompeya. Crepita mi corazón al contacto de la flamígera congoja y todo mi ser lo calcina el ansia de fusionarme a ti. ¿No te abrasa el mismo deseo? Si así fuera, no hay razón para que nos dejemos reducir a pavesa o ceniza, y te propongo que, ante la inminente cremación que nos espera, nos abroquelemos con el amianto de la libertad, para luego extinguir con el agua bendita del matrimonio eclesiástico este voraz incendio en que nos derretimos. Si estás conforme, cueлга el viso verde en el balcón de tu dormitorio y espérame vestida a las 12 de esta noche, hora a que iré por ti en una jardinera de panadero, para no despertar sospechas. Tu incandescente — *Fulgencio Rescoldo*".

Si se tiene en cuenta que Fulgencio era hijo de un foguista y de la hermana de un lampistero, y sobrino carnal de un fundidor de metales, no habrá de extrañarse su condición comburente, reflejada en sus calorías psicológicas, en su lenguaje y hasta en su nombre, el más fúlgido que el autor de sus días encontró en el santoral, ya que el apellido aseguraba la calefacción de la firma.

Y tampoco habrá de parecer extraño que el padre de Escolástica, montando en cólera ante una proposición como la formulada en la fundente misiva, exclamase, encendido de indignación:

—¡Antes ladrillo refractario, que esposa de un adoquín combustible! Esta misma tarde en el tren de las 4 me la llevaré a Ojo de Agua-para que se saque la escaldadura, y ¡ay de él si se atreve con la niña!

Y así lo hizo el hombre, pues contra las protestas, los llantos con hipo y las alegaciones de todo género con que Escolástica pretendió disuadir a su padre de tan extrema resolución, fué en el día fletada para el ocular pueblito de Santiago del Estero, donde residían algunos de sus parientes.

Infidelidad, demencia y pasta de sopa

Grave crisis de ánimo produjo en Escolástica la violenta separación, y, en una de las exaltaciones de su despecho, quiso tomarse un cívico de sublimado, en el que había disuelto algunas cajas de fósforos, incluido el envase, para que el cartón y la lija completaran la obra del tósigo. Pero un suceso inesperado vino a cortar de golpe la mal aconsejadora nostalgia de Fulgencio, y fué que éste, necesitado de una ocupación remunerada, pues la de colaborar en el periódico sólo le producía entradas... para al-

gún cine, logró emplearse en un saladero, donde su horno sentimental halló materia fusible en la hija de uno de los capataces, más robusta y apetitosa que Escolástica, aunque con menos facundia firulestística, y casi analfabeta. En ascuas la yunta, y sin un Ojo de Agua que sofocase a tiempo su lumbre pasional, como en el caso de Escolástica, se alearon en el crisol del registro civil.

Cuando la "célica" desterrada tuvo noticia de la ignominiosa defección de Fulgencio, estalló en una risa histérica y se desplomó sobre lo que tenía más próximo, que era un baúl abierto, gracias a cuyo contenido, prendas de vestir en su mayoría, no sufrió las consecuencias de una caída tan brusca.

Vuelta en sí, mediante algunas aspersiones y la ventilación artificial del rostro, simultáneamente hecha por una pantalla, un chambergo, una bandeja y una Memoria del Ministerio de Agricultura, Escolástica dió muestras de perturbación mental, pronunciando frases incoherentes en las que mezclaba al Dante con Crotto y a Fulgencio con Santa Teresa de Jesús, subiéndose y bajándose de las sillas, dando vueltas alrededor de un gramófono y mordiendo el cinturón que la habían sacado para que respirase mejor. Después cayó en un profundo letargo, de evidente acción sedativa, porque, al salir de él, sus facultades parecían reintegradas a la normalidad. Lo único que la quedó fué un humor de los demonios y una irritabilidad que hacía peligroso su contacto, pues lo mismo tomaba una ensaladera para estrellarla en el suelo, que se prendía a la nariz de cualquiera para tirónearla con salvajes tracciones, como pretendiendo arrancarla de raíz.

Y en cuanto a su odio por Fulgencio, llegó a tales límites, que, en venganza de su infidelidad, de su inconducta, de su comportamiento inicuo y de su perjurio, aceptó por esposo al primero que su padre le propusiera, que acertó a ser el fideero a que antes nos referimos.

De esa unión fué Deolinda el único fruto, pues la incompatibilidad de caracteres, de temperamentos y de gustos, y la abierta pugna en que necesariamente debían estar la vil materia y el supratérreno espíritu, hicieron tan penosa e insostenible la convivencia, que el fabricante de hilos comestibles empezó a sufrir del hígado y "se fué al tacho" apenas nacida su primogénita.

Retomando el hilo

Ya es hora de que volvamos a reunirnos con aquella "estufada" adolescente que recordará el lector tras unos cristales, viendo con torva mirada y adustos mohines cómo los desencadenados elementos hacían horrida la noche.

—Lo que siento — expuso a la mamá — es que si la velada se transfiere para otra fecha que no caiga en lunes, tendré que cambiar los sáficos de mi composición, alusivos a ese día, porque digo en ellos:

"La lunación que mi deidad preside
y que está el día de hoy flotando egregia
sobre el azul que en el astral empero..."

—¿No ves cómo hablo del lunes?

—Sí, ya lo veo, y es ciertamente un dolor que no sea hoy mismo cuando flote tu egregia deidad.

—¡Hay para alienarse! ¡Qué estrilo!

—Niña, modera tu dicción. Eso de estrilo agrede a la membrana auricular y a la belleza elocutiva.

—Es que la desesperación y el paroxismo ofuscan.

Ya iba doña Escolástica a deshacerse los rizos frontales, cuando Deolinda gritó:

—¡La osa! ¡la osa!

—¿Qué osa? — preguntó la madre con visible pánico, acercándose a los vidrios.

—La mayor. ¿No ves que tiene siete?

—¿Siete?

—Sí, siete estrellas.

—Pero ¿dónde está?

—Allí, por detrás del palacio del Congreso.

—Me parece un aviso luminoso.

—No, mamá, son estrellas. Conozco muy bien el carro. E indubitablemente amengua la evacuación pluvial. Yo creo que la tormenta se disipa.

No era, en efecto, ilusión de la joven que la Naturaleza empezaba a desarrugar el ceño, porque el ventarrón, girando al sudoeste, empezó a barrer los negros nubarrones y las dinamos celestes, alejándose del cenit para reducir su función iluminante al alumbrado de las lejanías, no destrozaban ya los oídos con el estrépito de sus motores.

Con la declinación del rezongo atmosférico, retornó la actividad de la urbe, viéndose de nuevo flanquear la calzada las hileras de transeúntes que la tempestad desgranó en quicios, umbrales y cuanto hueco podía servir de provisorio refugio.

Y usando de estas franquicias meteorológicas para alternar con la intemperie, Deolinda y su mamá acabaron de vestirse con lo más paquetón de su guardarropa, contemplaron por última vez el cristal reproductor de sus emperifolladas figuras, armáronse de abanicos, más vistosos que refrigerantes, y de unos nacarados gemelos con soporte de oro o metal muy parecido, colgaron sobre sus hombros amplias capas de brocato, color de repollo seco la de la mamá, y de cábaro cocido la de la hija, y después de recomendar al servicio lo que es de rigor cuando se abandona la casa a su cuidado, salieron para la calle.

Fué una victoria, tirada por dos matungos casi apocalípticos, el primer carruaje que vieron pasar, y en él se metieron para desalojarle minutos después frente a un edificio que, por su apariencia y disposición, denunciaba a primera vista un teatro, y no de los menos importantes.

El acceso a su interior lo hacía difícil la concurrencia que llenaba el vestíbulo, y sólo a costa de emplear cien veces ese abridor de muchedumbres que encierra la frase "con permiso", reforzada con los codos que, cuando son huesudos, penetran como puñales, lograron doña Escolástica y su acompañante llegar hasta

el corredor que conducía a su palco y acomodarse en él con la majestad de los que se poseionan de un sollo.

Los gemelos empezaron a llenar su misión, y mediante el poder aumentativo de sus lentes, que ponían, como quien dice, al alcance de la mano todo lo que enfocaban, pudieron sus poseedoras ver con pelos y señales, distribuidas en análogos aposentos, a las de Matete, de taffeta marrón claro y Malinas marrón glacé; a las de Caracú, de raso liberty, gris de nube, con gasa de Chiffon; a las de Chimango, de crep de China glauco y aplicaciones de azabache; a las de Cojinillo, de moaré azul de equimosis y cefir y duchess mesalinas; a las de Malacate, de foulard, moco de pavo y aigrette de grulla irlandesa; a las de Cachimbo, de gró Lyon, rojo y vergüenza, y vincha bordada con mostacilla de colores; a las de Maní, de muselina Pompadour siena tostada y otomano lívido; a las de Barrilete, de túnica voal linón y pekín de seda verde ictericia; a las de Pichicho, de peau de soie, yema de huevo fresco, y galón obscuro boca de lobo; a las de Fainá, de pongée purpúreo y diadema de corales legítimos y ópalos naturales; a las de Piltraña, de terciopelo azul besugo con encaje metálico; a las de Chinchulín, de voilé de soie amaranto y tul "Poin de Sprit"; a las de Faragutti, de chantilly negro de uña y viso de charmeuse blanco Tiro Federal, y, otras familias de su conocimiento o relación.

A la hora en que debía comenzar el espectáculo, muy pocos eran los asientos vacíos, y esta abundancia de público debíase principalmente a lo variado, frohoso y atractivo del programa, aunque, para la mamá de Deolinda, el mejor señuelo lo constituía ésta, con la recitación de unos versos brotados del propio caletre.

Ningún manjar artístico quedó olvidado en el menú de aquel pantagruélico festín espiritual: Discurso de apertura sobre temas filosófico-geográficos; música ligera y música complicadamente polifónica; canciones populares de sencilla y melodiosa cadencia, y romanzas de perdurables calderones y ahogadoras fermatas; poesía romántica, histórica y ultralírica; prestidigitación; solo de mandolín a cargo de un pastor protestante de extraordinarias dotes para el trémolo; cuadros plásticos; pericón nacional baillado por un farmacéutico santafecino y la hija de un funcionario de la Defensa Agrícola, y discurso de clausura, con algunos comentarios sobre el censo.

Agréguese que la entrada era gratuita, por invitación, y os habréis explicado fácilmente que acudiera tan puntual, solícito y caudaloso el público concurrente.

Programa trunco y poesía malograda

Hacer crónica detallada de la fiesta implicaría vituperable desconsideración para el que sigue este relato, digno de todo respeto, por su estoico aguante, y no hemos de incurrir en tamaño abuso. Solamente, por ser necesario a la más clara comprensión y al lógico encadenamiento de los episodios en que actúan nuestros personajes, nos detendremos en aquella parte del programa que Deolinda tomó a su cargo.

Era la siguiente a la del solo de mandolín, y antes de que el pastor concertista terminara la rapsodia con que cerró la serie de sus repiqueteos y en la que hizo derroche de agilidad vibrátil con la mano destinada a la púa, fiel reflejo de la de un perlatico, ya estaba Deolinda junto a la puerta practicable del telón de fondo, altiva, serena, confiada y algo churretosa a causa de los polvos desleídos en el sudor.

No del todo extinguido el último aplauso al solista de la mano temblorosa, Deolinda apareció por el foro, avanzó pausada y solemnemente hasta la batería de luces que marca el límite del prosenio, anunciando al actor el peligro de caer sobre la orquesta si adelanta un paso más, saludó a los espectadores con una elegante reverencia, "peló" un rollito de papel que llevaba en la cintura, a guisa de facón, estiró las hojas del lírico balurdo, clavó los ojos en las bambalinas sin levantar la cabeza, tomó aliento como para una zambullida de larga duración y empezó a largar tropos, metáforas, hiperbatones, perífrasis y pleonasmos con la violencia y copiosidad de un trabuco repleto de metralla, causando en el auditorio una especie de parálisis facial, tan reveladora de grato recogimiento como de espeluznante estupor.

El conceptismo abstruso y la anfibología capciosa y dislocada, prisioneros del hemistiquio y aherrrojados por el espondeo, el periquio, el coriambo y demás grilletes del rítmico lenguaje, hicieron de la composición de Deolinda un castillo pirotécnico diabólicamente combinado para deslumbrar y ensordecer, para recrear y herir, para provocar el aplauso o el tiro de revólver.

En el cerebro de los oyentes debió irrumpir la poética jergonza como el bagual en una cacharrería, y tenemos por seguro que, malgrado la antigüedad del acaecimiento, más de uno de los concurrentes a aquel "match" de sapiencia y de alpinismo estético, sentirá aún los trastornos precursores de la vesania.

Cada cual debió preguntarse: ¿Será un portento esta niña o será yo un zoquete? Y en la disyuntiva de creerla viruta o genio incomprometido, optaron por esto último, más generoso y cortés y más avenido con la gentileza y respeto que suscita la mujer núbil, por muy flaca y ripiosa que sea.

Las primeras palmadas de explosiva aprobación sonaron al terminar una estrofa, de gran musicalidad esdrújula, que decía:

"De Praxiteles el cincel mirífico,
el ánfora plasmó a la ecuórea ondina,
para que el silfo, en el edén cerúleo,
libase el néctar de la vid empírea.
Y el hijo de Neptuno y de Anfitrite
que a los trasgos sumiera en la onda estigia,
de la entraña del fauno hizo, cual Delphos,
su oráculo con arte aruspicina".

Después de esos versos expulsó otros en que, además del "lunario" que vimos en grave riesgo de perder su actualidad, habló de Paralipómenes, de la Piedra del Tandil, de Aganorca, de los misterios de Eleusis, del Iguazú, del jardín de las Hespérides, de Zoroastro, de Confucio y de Martín Fierro.

Y hablando, hablando, llegó a otra etapa de su camino visionario, que, sin ser la última a recorrer, quiso la fatalidad que lo fuese, pues en ella vertió Deolinda estas reflexiones lacrimógenas:

¡Ay del alma que, gélida y dormida
por beleño letal, huye a la vida;
y en su oquedad de bóveda cinérea
hasta el aura convierte en deletérea!
De pensar ¡ay! que a mi alma floreciente
marchite el "simoun" calefaciente
del dubio ¡ay! como al céibo y al yatay,
yo me creo morir: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y como esos ayes los lanzara con la misma estridencia y expresión dolorosa que si acabara de sentir un fuerte retortijón de barriga, un bombero de servicio que, entre bastidores, escuchaba los gorjeos rimados, se precipitó a la escena, tomó en vilo a la canora literata, como más de una vez lo había hecho con el prójimo en peligro de churrasquearse, y, haciendo mutis por el "lateral izquierda", se fué en derechura de un camarín, en el que depositó su erudita carga.

En vano Deolinda se resistió, de palabra y de obra, a dejar las tablas e inconclusa su recitación, pues el resuelto soldado ignífobo, que en tales demostraciones de resistencia sólo veía reflejos de un agudo e insufrible dolor, no tan sólo se mostró indiferente a ellas, sino que, cuando tuvo dominada y segura a la poetisa, la hizo tragar una copa de anís, destinado a restaurar las fuerzas de un tramoyista. Y menos mal que no se le ocurrió echar mano de la manguera, para tratar a la joven como a barrica de alquitrán inflamado.

El telón, por supuesto, había bajado y el fortuito percance producido gran revuelo y excitación en la sala, advirtiéndose un movimiento de piadosa estima hacia la declamadora en desgracia, que, si algún dislate tenía sobre la conciencia, bien lo purgaba con la grave y traidora enfermedad de que se la suponía atacada.

—No era posible digerir tanta retórica — decía uno.

—Esa niña sufre de un cólico poemático — agregaba otro.

—Ha debido introducirse un endecasílabo en el apéndice — pensaba un tercero.

Doña Escolástica, conocedora de los versos y de los ayes figurados, no se impresionó como los demás circunstantes, pero rechinó los dientes y se pellizcó el muslo de rabia al ver que una torpe interpretación y un incontinente "comeamiento" habían impedido al público escuchar hasta el fin el canto arrullador de su jilguero consanguíneo.

Cuando la cortina se alzó de nuevo para el número siguiente, doña Escolástica, que hasta entonces había mantenido la esperanza de ver reanudar a Deolinda la lectura de su producción, incorporóse de súbito y, saliendo del palco, echó a andar presurosa con rumbo al escenario, cuyo camino desconocía, lo que motivó que se introdujese en cuanta dependencia encontrá franquea-

ble, incluso la reservada a "toilette" de caballeros. Por fin, un acomodador la condujo a la vera de su hija, entregada en ese momento a la ingurgitación ansiosa de un tacho de agua, para apagar la quema que en su esófago produjo el ansí.

—¿Qué sientes, m'hija? — se apresuró a preguntarla, y como Deolinda, abrasada por el alcohol, no pudiera articular palabra, limitándose a señalar el tragadero, agregó doña Escolástica: — ¡Sufres de la glotis?

El atolondrado bombero, a esta sazón, duramente reconvenido por varias personas percatadas de sus deplorables entendederas, mostrábase avergonzado, y en su gesto de compunción y en los implorativos acentos con que trataba de tranquilizar a la embajadora de las musas, adivinábase el deseo de una absolvente reconciliación.

Iris de paz y albores de amor

A fe que estuvo acertado en su actitud de humilde arrepentido, pues Deolinda, tan chúcaro y soberbia como cualquier mujer ignara, lejos de revelar malquerencia irreductible por su raptor escénico, empezó a mirarle con ojos dulces, descubriendo en él a un mozo de muy varonil y gallarda apostura, fornido, sano, apolíneo. Su rostro, de vigorosas y correctas facciones, moreno, expresivo y abierto, denunciaba al criollo de genuina cepa, en uno de sus más lindos ejemplares.

Tampoco fué arduo para doña Escolástica pactar un armisticio con el beligerante de las rimas dolientes y de su autora, pues, tocada de clemencia, como Deolinda, no sólo le indultó de toda hostilidad rencorosa, sino que le hizo partícipe de sus afectos. ¡Lo encontraba tan dócil, tan ingenuo, tan servicial y tan atractivo!...

La velada terminó casi a la hora de despertarse las gallinas, a pesar de los versos que economizó la ingrata peripecia, y a la salida del teatro, muchas personas amigas y no pocas extrañas felicitaron efusivamente a Deolinda, y aunque no podamos asegurar si fué por lo que leyó o por lo que dejó de leer, es lo cierto que esas demostraciones de cálida aprobación conmovieron profundamente a la beneficiada, hinchando a su mamá como para que se la reventara el corsé.

No obstante su cercano parentesco, también se creyó obligada a congratular a la poetisa, y todo el trayecto recorrido en el regreso a la casa, lo hizo la señora ponderando la elevación de pensamiento, la factura magistral, la inefable armonía y la correntosa inspiración que se aunaban en el cañamazo mental que bordó la péñola de su hija.

—Trepaste al pináculo de lo inmarcesible. Te creí Calíope y Polinesia. Reviviste a Tirteo, Ovidio y Menandro. Encarnaste el verbo. Estuviste omniscia.

—No tanto, mamá.

—Pues ¡nun me quedo corta, m'hija, porque mucho más te discierne el consenso público. Los del palco próximo al nuestro no tenían ya superlativos con que encomiar tu psiquis, y, en-

tre otras cosas, les oí afirmar que táñes el plectro como las propias piérides y que tu cabeza es una sucursal del Helicón. Yo cada día me siento más Mnemosina.

—¡Mamá!...

—¡Lástima que en tu extinto padre no pueda ver tan claramente la personificación de Júpiter!

Por lo dicho, se verá que doña Escolástica no pecaba de sobria cuando de ensalzar a su hija se trataba, y en sus exuberantes elogios y desmedidas lisonjas tuvieron su más firme base la vanidad y el infatuado engreimiento de Deolinda, quien, poseionada de su papel de monstruo intelectual, consideraba los quehaceres domésticos como execrables e indignas ocupaciones, y hablarla de la aguja, de la sartén, de la plancha o de la escoba, era lo mismo que nombrarla a Mandinga con distintos apodos.

Ella no concebía mejor aprovechamiento de las horas que dedicándolas al éxtasis, a la gestación imaginativa y a la captura del consonante remiso.

Vesta incendiaria

Lucubrando estaba cierta noche en su dormitorio y a la luz de una vela — pues doña Escolástica cortaba la corriente eléctrica al acostarse, para que Deodolina no prolongara con exceso sus vigiliass —, enfrascada en la composición de una oda a Vesta, de “vestiales” complicaciones rítmicas, cuando la diosa en cuestión, guapa y sufrida para el fuego, como se sabe, pareciéndole poco el de la inspiración de Deolinda, quiso que ésta, en uno de los ademanes con que acompañaba la lectura declamatoria de sus versos, diera un manotón a la bujía y la volcase sobre los papeles. Estos, que hasta entonces se habían resistido a las llamas del genio creador, se rindieron a las del pabilo y empezaron a arder como con apuro de consumirse, comunicando el fuego a una carpeta, después a un batón de etamina y por último al mosquitero que cubría el roncatorio de la “barda”.

Hallóse ésta en seguida dentro de una hoguera, y, en trance de ver su estro achicharrado, no pudiendo escapar por la puerta, que ya había empezado a arder, y temiendo romperse “el cofre de la substancia divina” si se arrojaba por la ventana, optó por treparse a un armario, tal vez con el propósito de que la muerte la sorprendiera en una situación elevada.

El olor a chamusquina, primero, y la humareda, después, se encargaron de anunciar el siniestro, y doña Escolástica, a quien la cocinera había despertado bruscamente de un hermoso sueño en que acababa de ver a su hija coronada de mirtos y laureles ante una asamblea de monarcas, académicos, generales y arzobispos, saltó de la cama y, si no la detienen en el zaguán, se hubiera ido en camión hasta el almacén de la esquina, para avisar telefónicamente al cuartel de bomberos.

Instantes después anunció la llegada de éstos el ruido atrozador de los carros y de las auto-bombas, mezclado al muy penetrante de los clarines que pedían cancha a cocheros y peatones.

Un soldado del piquete, respondiendo a la orden de un oficial, se destacó de sus compañeros al Megar a la residencia conflagrada, y colocando una escalera bajo la ventana que más humo despedía, ascendió raudo por ella, y con dos recios golpes de hacha, que hicieron trizas hojas, postigos y cristales, logró penetrar en el interior de la flamante alcoba.

Encogecido y semiasfixiado por el humoso ambiente, el bombero estuvo a punto de retroceder, renunciando a un salvamento del que, por otra parte, no estaba muy seguro, pues el tiempo transcurrido y las asoladoras proporciones adquiridas por la quemazón, hacían improbable la supervivencia de la persona o personas metidas en aquella hornalla. Pero el corazón, que suele no fallar como brújula orientadora de las buenas acciones, le retenía en aquel lugar que Deolinda, imprudentemente, convirtió en alojamiento de Vesta, y, en un arranque de humanitarismo suicida, se puso a recorrer la pieza con el coraje de una salamandra, llegó al armario y, como viese colgar por afuera de la cornisa dos piernas de mujer, encaramóse al mueble, tomó con sus nervudos brazos el tronco a que correspondían los remos colgantes, y salió con todo ello por la misma abertura utilizada para entrar.

Un clamoreo de la muchedumbre agolpada frente al edificio, señaló la hazaña del bombero, en cuanto éste hizo su aparición en la ventana conduciendo el bulto humano, que ignoraba aún si correspondía a una vieja o a una joven, pues el humo no le había dejado abrir los ojos el tiempo suficiente para examinarlo. Esto lo consiguió al depositar el inanimado cuerpo en la ambulancia de la Asistencia Pública y al resplandor de una antorcha, reconociendo, con el asombro que es de suponer, en la presa arrebatada a Vulcano, la misma que otra noche arrebató a Talía.

¿Qué extraña atracción juntaba a estos jóvenes? ¿Qué se propondría el Destino con estas peligrosas tretas para unirlos?

Si a doña Escolástica pareció estimables dotes las de ingenuo, sumiso, noble y buen mozo reconocidas en el bombero la noche de su atropellada irreflexiva en el coliseo, reputólas sobresalientes, eximias, insuperables, cuando le supo denodado y heroico hasta el sacrificio.

—Este mesiánico homúnculo merece, por su holocausto, el galardón de nuestra gratitud imperecedera — manifestó a su hija en cuanto los practicantes de la Asistencia la devolvieron el sentido con algunos remedios olfatorios, después de resobar sus extremidades con frotaciones parecidas a las que se emplean para lustrar los pisos.

—¿De qué hombre me hablas, mamá? — interrogó Deolinda con voz desfalleciente y los ojos medio entornados.

—Del bombero que te extrajo de la pira, cuya imagen debe ser en lo venidero el icono de nuestras veneraciones. ¿Te sientes menos exinánida?

Digamos, para tranquilizar al lector, que el siniestro no tuvo para Deolinda otras consecuencias de carácter anatómico que la torrefacción de un codo y la cochura de una oreja, desperfectos

que no la invalidaron para trasladarse a su domicilio después de hecha la primera cura.

Lo que quedó a la miseria fué su dormitorio, pues sabido es que lo que el voraz elemento no consume se encargan de destruirlo las mangueras.

Contramarcha narrativa

Tenemos que desandar una buena parte del camino, para situarnos otra vez en la época de Fulgencio, que así la llamamos con el fin de que no le falte a nuestra historia su correspondiente epónimo.

Dijimos que el desleal cortejante de Escolástica, "el relapso", como ésta le denominó después de gallateada, se había aco-llarado con el yugo matrimonial, y que la elegida para compartir la coyunda era la hija de uno de los capataces del saladero en que se empleó. También creemos haber dicho que la mujer, como tal, era lo que se dice "una papa" por su lozanía y encantos físicos, aunque la desproporción entre éstos y los intelectuales era equivalente a la que se observa entre los ojos y las narices de los elefantes.

Sin afirmar que Fulgencio fuese una lumbrera, no obstante su nombre, su apellido y su naturaleza plutónica, existía en el matrimonio la misma disparidad que bifurcó en opuestas trayectorias las inclinaciones, gustos y actividades de doña Escolástica y su cónyuge.

Al principio, todo fué bien, porque el mutuo atortolamiento disimuló el antagonismo, haciéndolo muy soportable; pero, pasado el melifluo plenilunio, Fulgencio volvió a sentirse vate, y desenfundando la péñola, arrumbada y ociosa desde aquel mensaje inflamatorio en que propuso la fuga a la señorita Escolástica, se echó a buscar abrevaderos de inspiración por doquiera: en el cardo silvestre, en el graznido del ganso, en las juguetonas co-ces del equino infantil, en el lánguido mirar del vacuno y hasta en las salazones, de las que ningún otro poeta había usado hasta entonces para remontar la fantasía.

A partir de este resurgimiento al ideal, Fulgencio empezó a equivocarse feamente en la marcación de las bolsas de tasajo y en el recuento de las reses, dando motivo para que se le aper- cibiera con "café" de puro caracolillo.

Contemporáneamente, a su esposa se le iba poniendo desvaído el color de las mejillas, y su carnadura, antes magra, henchida, pletórica, empezaba a reducirse con resecamientos de charque, lo que sería injusto atribuir totalmente a las latas poéticas de su consorte, pues la marchitez y decadencia físicas coincidieron con una serie de trastornos orgánicos a que puso término el natalicio de un robusto varón.

La alegría de verse padre rebasa el límite de lo justo cuando se trata de un poeta, por su propensión a magnificarlo todo y a salirse de quicio, y Fulgencio no podía escapar a esta ley que rige los cerebros febriles y ubérrimos de estetismo, y en la

necesidad de abrir una válvula de escape a su tremendo regocijo, se puso a componer rimas dedicadas a su vástago, con tal fluidez y contracción, que su mujer, única y obligada auditora de esas primicias, para no verse en la necesidad de tirarle la criatura a la cabeza, resolvió morirse sin decir siquiera ¡hasta luego!, que fué como murió; con pequeñas variantes, el esposo de doña Escolástica.

Sin causas visibles, pues nada había salido de lo normal y corriente, los médicos no acertaron a unificar sus opiniones sobre el probable origen de la defunción, y sólo uno de ellos, al que consideramos el más perspicuo, se atrevió a emitir la sospecha de que la señora había entregado el rosquete a consecuencia de un atoramiento de ripios, degenerado en una macanitis fulminante.

La prematura viudez sumió a Fulgencio en la más honda de las melancolías, pues aunque discrepase con la finada en las cosas del magín, la quería por buena y hacendosa y sentíase tan atormentado por su definitivo alejamiento, como por la idea de haber sido el único culpable de él, con sus recitaciones pertinaces, machaconas y por todos conceptos uxoricidas.

Abatido e hipocondríaco, era la soledad su mejor calmante, y en ella se refugiaba siempre que podía, eludir el roce y la conversación de la gente.

- Prosa chacarera -

Un estanciero, con quien tenía amistad, por haberle con frecuencia apartado vacunos para el establecimiento saladeril, dispénsandole de algunas exigencias que éste imponía, relacionadas con la gordura de los animales, se condolió de él, al verle tan mustio y cariacontecido, resolviendo acudir en su ayuda y consolación.

—Don Fulgencio — le dijo un día, separándole de los peones que le acompañaban en un rodeo. — Usted sufre.

—Sí, señor.

—Y usted me ha hecho saber la causa, juntamente con su aspiración de encontrar un retiro que le asegure el sosiego y la tranquilidad, despreocupándole de toda idea obsesionadora.

—Sí, señor.

—Pues bien, ya he pensado lo mejor que puede hacer.

—¿Qué?

—Adquirir una chacrita y dedicarse a explotarla con todo lo que puede proporcionar buen lucro una propiedad de este género.

—¿Y con qué plata?

—Con la mía. Yo le habilitaré con tierra y con cuanto necesite, y usted me pagará con las utilidades, agregando algún interés al capital que le anticipe.

—¿Habla usted en serio?

—Sólo hablo en chunga los domingos y cuando juego al truco. Despídase del saladero y prepárese para trabajar por su cuenta.

Si en ese instante hubiera resucitado su esposa, no hubiera sentido Fulgencio más íntimo alborozo. Veía en su nuevo y propio campo de acción un mundo de halagadoras promesas. Además de curarse su "spleen" roedor, su tedio extenuante, aseguraría el cotidiano sustento y posiblemente el bienestar futuro de él y de su hijo, cuyo porvenir no vislumbraba risueño; todo lo cual podría conciliarse con la satisfacción de sus anhelos ideológicos, pudiendo su numen expandirse en los inmensos ámbitos de la Naturaleza, de la que Anacreonte y Virgilio sacaron sus églogas, y tantos otros su vocación por la vida contemplativa.

Sin tiempo para seguirle paso a paso en el desenvolvimiento de sus labores rurales, tenemós que avanzar saltando lustros para verle en pleno auge, es decir, cancelada la deuda con su munífico habilitador y en condiciones de beneficiarse con múltiples negocios, entre ellos que se destacaban, por la cuantía de sus rendimientos, la cría de aves y la de chanchos.

Su hijo, al que bautizó con el nombre de Ignacio, sin duda por lo que tenía de ígneo, aunque de corta edad, pues aun no había cumplido los diez y seis años, ayudábale eficazmente en las tareas musculares, y ya había empezado también a substituirle en las ausencias, revelando especiales condiciones para mandar y para discutir precios, en perjuicio siempre de los compradores o de los que abastecían la chacra.

Tosco y rústico como poste de alambrado, poseía algunas habilidades que economizaron muchos pesos al tata en trabajos que hubieran requerido la intervención de obreros especialistas. Y como si respondiesen sus aptitudes y tendencias a un atávico influjo, las obras que con más acierto llevó a cabo eran las más directamente relacionadas con el fuego, pues construyó un horno para cocer pan, una frágua para el pequeño taller de herrería, una estufa para desinfectar palos de gallinero y plumas de avestruz, una chimenea para el comedor de la casa, un fogón para la cocina de los peones y un quemadero de basuras.

La historia se repite

Por la misma transmisión hereditaria y para no desmentir el dicho "de casta le viene al galgo ser rabilargo", el mocito demostró una fogosidad amoratoria no menos eruptiva que la del papá, y tanto era así que, habiendo tenido que trasladarse en cierta ocasión a una estancia vecina, para cobrar el importe de tres yuntas de pavos, conoció a la hija de un puestero, rubia como una parva de trigo, aunque nada parva de cuerpo, de jugosa frescura y de insinuante locuacidad, que le interesó desde el primer momento mucho más que la liquidación de los pavos.

De la rapidez con que el fuego pasional se extendió y de los estragos que hizo, dará idea la desaparición simultánea de Ignacio y la hija del puestero, a los pocos días de haber cambiado el primer saludo.

Los padres de la eclipsada pareja se tiraron de los pelos con

gran desdén por la calvicie, y patearon la tierra con aparente propósito de partirla en dos pedazos, pues nada hay que le intimide a un padre furioso.

Cada cual por su lado y jinetes en veloces pingos, Fulgencio y su circunstancial consuegro se lanzaron en persecución de los desertores, planeando "vendettas" desagraviantes y reparaciones punitivas.

Cupo a Fulgencio la suerte de encontrar a los alzados ante el mostrador de un boliche, tomando granadina con soda, y, como primera medida tomó la de dar una tanda de rebencazos al cuatrero de racionales, después de echarle por la jeta el contenido de los vasos. Hecho lo cual, encerró a los fugitivos en un galpón, convenientemente separados y con centinela de vista, y encomendó a un chasque la busca del puestero, dándole las instrucciones necesarias para que se pusiese pronto en su pista y, una vez encontrado, le hiciera saber que ya tenía a los prófugos entre sus garras y que era muy urgente su presencia.

En conocimiento de la captura, el puestero disparó para el boliche, se hizo cargo de su pindonga cría, previos algunos pescozones y una rociada de palabrotas intranscribibles, y arreó con ella para el puesto.

A su vez, Fulgencio rumbeó con su hijo hacia la primera estación de ferrocarril, distante unas tres leguas, y tomando dos boletos de segunda para Buenos Aires, se vino por el primer tren, conduciendo al joven hipertérmico.

La fuerza del destino

Resuelto a meter al muchacho en cualquier sitio donde lo ataron corto, sometiéndole a una rigurosa disciplina que aplacase sus nervios y refrenara sus condenables apetitos, pensó embarcarlo como marinero de la armada; pero alguno le dijo que era mejor engancharle en un regimiento de caballería, y no faltó quien le recomendara el batallón Guardias de Cárceles, con el mismo objeto.

Al fin, recordando que las aficiones del chico le empujaban a la lumbre, resolvió hacerle ingresar en el cuartel de bomberos, donde le instruirían, lo mismo para hacer fuego, que para apagarlo, según fuese fusil o manguera lo que manejase.

Don Fulgencio, pues ya merece por su edad que no se le nombre a secas, regresó a la chacra después de dejar a su retoño metido en el uniforme, y reanudó sus tareas, a las que se hallaba entregado con los arrestos de siempre cuando recibió un día la siguiente carta:

"Querido padre: Savrás ques toi güeno. Savrás que ligué una mención en la horden del día y la promesa de un asenso por aver salvao a una niña bien que sestaba cosinando. Savrás que a esta nifia ia la salvé hotra bes en el tjatro craiendo que sabia enfermiao de las achuras y aluego risultó que la parlaba de paladora

sin guitarra. Savrás que su madre (la suia) me tiene mucha sin patía y que ma ofresido poner un maistro pa que menseñe a chamyar en diffisil y escrevir como la jente lustrada. Savrás como me justa la piba y como la piba justa de mi. Savrás que deseo berte prontito la los chanchos la las gayinas y a toos los que bibís ay Savrás que tea brasa tu higo. — *Ignasio*".

La reproducida comunicación informaba de hechos verídicos, y, entre los que con nuestros propios ojos pudimos constatar, no figuraba como menos fundado el atañero a la simpatía existente entre Ignacio y Deolinda, y el que presentaba al comunicante bajo el afecto y el ala protectora de doña Escolástica.

Ya oímos el encomio con que ésta apreció la intrepidez del bombero y el galardón que se creía obligada a discernirle por su proeza. Pero no bastaba que lo supiese Deolinda tan sólo, y como el reconocimiento de una deuda, aunque sea de gratitud, debe hacerse ante el acreedor o su representante legal, doña Escolástica citó a Ignacio a un comparendo, que tuvo lugar el primer día que aquél tuvo franco.

—Joven — le dijo doña Escolástica, después de estrecharle la mano, — su conducta inmoladora dicta graves deberes a mi conciencia, nunca enturbiada por el légamo de la ingratitud.

—No manyé ni medio — musitó Ignacio.

—Mi reconocimientó, sí que también el de Deolinda, quedará indeleble en la víscera cardíaca donde moran los sentimientos, fúrgida de fervorosa devoción por usted y asequible a todos los cultos de la ortodoxia laica.

Ignacio estuvo a punto de decir: "que te recontra, por las dudas", pero más atento a la niña que a los tragalenguas de la mamá, se concretó a dar a ésta las gracias, no presumiendo que le insultará, aunque creía haber oído llamar amoladora su conducta.

Para retribuir en forma discreta las miradas del bombero, Deolinda, después de exhalar un suspiro que, por lo profundo, parecía haberle salido del abdomen, dijo a Ignacio:

—¡Qué susto truculento el que sufrí! ¿A usted no le pavoriza el fuego?

—¡Qué esperanza! Estoy ya muy acostumbrado al fuego y a los pavos.

—Ya se ha visto que la pusilanimidad — intercaló doña Escolástica — no domeña sus altruistas improntus. Es usted un arrojado.

—Sí, señora, pero lo soy por una zoncera. El viejo me arrojó de la casa por...

—¡Cómo! ¿Ha sufrido usted el repudio paterno?

—Se cabreó al cuete, como le digo, y me fletó p'aquí, metiéndome de milico regador, pero malegro, porque así me di el gusto de conocerlas.

—Muchas gracias — se adelantó a decir Deolinda.

—Será usted hoy nuestro comensal — interrumpió la señora — si no encuentra óbice nuestro designio de ser sus anfitriones.

—¿Cómo dice? — preguntó Ignacio, como si le hablaran en chino.

—Que se quedará usted a almorzar con nosotros — se apresuró a aclarar Deolinda. — ¿Qué platos le gustan más?

—Después de la carbonada, lo que más me gusta es el mondongo.

—¡Uf! ¡Qué condumio omiposo! — exclamó doña Escolástica, con un gesto asqueroso —. El cuartel le ha vulgarizado, y a eso se debe primordialmente la asperidad y la turbidez de su verbo. La elegancia en el comer y en el decir es timbre de distinción y ejecutoria de alcurnia mental.

Resignado a comer finamente, como ya lo estaba para oír chamuyar en difícil, según decía en su carta al padre, Ignacio aceptó el convite, y almorzó junto a Deolinda y frontero a la mamá, viéndose en figurillas para no usar de los dedos en la conducción de algunas viandas desde el plato a la boca, y cerrando los ojos, antes de deglutir algunas de ellas, por creerlas objetos más que substancias comestibles.

Eran la rudeza y ordinareiz de Ignacio verdaderos valladieres para su entroncamiento y anexión a doña Escolástica y su hija, principalmente a la primera, rebelde a toda transacción con la vulgaridad.

—Ante todo, m'hija, que sepa producirse sin renuencia, por lo distinguido el que haya de ser tu esposo — le había dicho siempre a Deolinda, y como ésta participara de iguales creencias respecto al valor de lo "chic", existía un tácito compromiso sobre este punto.

Pero el amor es un agente con el que nunca se cuenta para la realización de los más firmes propósitos, y los de doña Escolástica y su hija fallaron por la inopinada intervención de ese travieso niño que vive a la caza de corazones flechables. Y no hallando otro remedio que el de dejar librada la civilización de Ignacio a una perseverante campaña educativa, robusteciéndola con el ejemplo, aceptaron al gañán bajo esa condición, muy conñadas en que sus naturales disposiciones y la ductilidad de su alma lo hicieran accesible a todos los perfeccionamientos.

Noviazgo galopante

Esta aceptación no comportaba admitir al bombero como festejante oficial de Deolinda. ¡Qué hubiera dicho la gente! ¡Cómo se juzgaría una relación amorosa entre jóvenes de tan opuesto rango social y de cultura tan antitética!

Como única concesión, y ya era bastante longánima, se le hizo a Ignacio la de que fuera un rato a la casa todos los domin.

gos, pero sin el uniforme, para no dar a la mansión privada una fisonomía cuartelera.

El mozo, durante sus visitas, conversaba con la joven bajo el ojo vigilante de la mamá, a la que crispaban los nervios la grosera expresión y los guasos modales de su candidato a yerno, poniéndola en el caso de llamarle con frecuencia a la finura y a la urbanidad.

Ignacio, no muy seguro del desenlace reservado a aquellos amores en ciernes, se había abstenido de informar sobre su persona con minucias genealógicas que comprometiesen la reserva mantenida con su padre respecto a éste importantísimo asunto. Estaba demasiado reciente su enojo para que hubiera consentido nuevas andanzas cupidescas, y no quería que se malograsen, por lo cual se limitó a decir que se llamaba Ignacio Ambarino, tomando el apellido de la madre, pues el de Rescoldo, sobre ser menos poético, lo que podría influir adversamente en la ilusión de Deolinda, proporcionaba a ésta y a su mamá un buen punto de partida para cualquiera averiguación.

Pero llegó el momento de oficializar las relaciones con las formalidades debidas, la principal de las cuales era el pedido de mano, y, a este fin, el ignífero e ignífugo mozo escribió a su padre para imponerle del proyecto nupcial, pedirle el consentimiento y rogarle que se trasladara a la metrópoli para solicitar a Deolinda como nuera.

Fulgencio leyó la epístola y su primer intento fué telegrafiarle: "Te veo incorregible, y a lo que voy a ir es a meterte en un idioticomio o a deslomarte". Pero luego reaccionó, y pensando que quizás pudiera ser la derivación más acertada para su natural colicuyente, resolvió venirse a la capital.

Recibido en la estación por Ignacio, se trasladó con éste a una fonda, donde dejó sus valijas y se sacó la tierra del camino, saliendo después en busca de una corbata negra, unos guantes y una galera de pelo, pues, por las noticias de su hijo, se trataba de visitar a personas encopetadas, que imponían el indumento designado por el protocolo social.

Las restantes prendas de vestir las había traído, porque conservaba el traje de levita que se hizo con ocasión de visitar el saladero el presidente del directorio, y que después le había servido para el entierro de la efímera madre de Ignacio.

Vestido a la usanza de los señorones, y acicalado como la importancia de su misión y sus ínfulas presuntuosas lo exigían, tomó un auto y se encaminó con su hijo a la residencia de misia Escolástica, que, sabedora ya de la solemne visita, se había emperujado con sus más vistosas garambainas, lo mismo que su hija, no menos interesada en producir una buena impresión visual.

Pandemonium

Vamos a presenciar la escena más dramática, más emocionante, más patética de esta historia, y lo advertimos al lector para que la sorpresa no le cause una peligrosa suspensión de la actividad sanguínea.

Conducidos a la sala por la sirvienta que salió a abrirlos, Fulgencio e Ignacio tomaron asiento en unas butacas que, por primera vez, veían la luz desde mucho tiempo atrás, pues doña Escolástica era una de esas dueñas de casa que tienen permanentemente enfundada la tapicería, para protegerla del polvo y de las asenteras poco distinguidas, procedimiento que equiparamos al de usar el traje de etiqueta con delantal, por la misma razón conservadora.

Tras una breve espera, que pudo serlo más si doña Escolástica lo hubiese creído de buen tono, apareció ésta, y dirigiéndose con rígida e imponente prosopopeya a los recién llegados, preparaba un ceremonioso saludo, cuando, al fijar su vista en la cara de Fulgencio, detuvo su paso y se quedó como petrificada. No convencida de haber visto con toda claridad al nuevo visitante, montó sobre su nariz el impertinente, y exclamando con voz estentórea, ¡Fulgencio! se derrumbó sobre la alfombra.

Fué aquello el principio de un caos.

Deolinda acudió aterrada al grito de su mamá, y al verla en pleno colapso, lanzó un gemido desgarrador y se abandonó a su inercia, cayendo de bruces sobre doña Escolástica.

Fulgencio, que en los primeros instantes no había reconocido a la señora, un poco más llena de cara que cuando la conoció en su juventud, al aproximarse a ella para abanicarla, se fijó atentamente en su rostro, y, del examen detenido, sacó el convencimiento de que se encontraba ante la joven célica que en sus mocedades quiso raptar "calcinado por el incandescente anhelo etc., etc."

No se desmayó también, porque el hombre resiste más a las emociones intensas, pero sintió algunas dificultades respiratorias y le flaquearon sensiblemente las fuerzas.

Ignacio sólo se preocupó de auxiliar a Deolinda, y sabiendo que a los accidentados se les reanima tirándoles del dedo del corazón, lo hizo con tanta fe y bravura que Deolinda recuperó inmediatamente el sentido para gritar ¡bárbaro!, convencida de que Ignacio trataba de arrancarle el dedo.

La mucama y la cocinera, que habían acudido también al oír tanto grito, se multiplicaban en la tarea de traer y llevar remedios, desde la antihistérica a la sal de amoníaco y desde el azahar al simple vinagre con agua, que más de una vez habían visto emplear a su patrona.

Vino a complicar la situación el arribo del gato de Angora en que Deolinda se inspiraba para lo épico, pues Ignacio, en una de sus idas y venidas a la mesa de las drogas, le dió un pisotón en el rabo, y el animalito, dando un espantoso maullido y un salto formidable, cayó sobre la cabeza de doña Escolástica, enredán-

dose de tal suerte en la maraña de rizos de su tocado, que se revolvía con la desesperación del que se ve en una trampa, clavando sus uñas en cuanto sitio del cuero cabelludo quería afirmar las patas para zafar de las mechas.

Las sucesivas y dolorosas punciones de los córneos stilettos obraron en la sensibilidad de la señora como el más enérgico de los revulsivos, y, a la adinamia postradora, siguió la más preternatural de las agitaciones convulsivas, representadas por desgarrantes voces, furiosos pataleos y contorsivos espasmos.

Deolinda, en la mayor de las aflicciones y aun no repuesta de su soporcio y de los tirones de dedo, ayudó al gato a desasirse del moño y, así que libertó a la madre de ese cilicio, dedicóse por entero a tranquilizarla y a restañar la sangre de los arañazos.

Pero la señora, cuya propensión a la insania tuvimos oportunidad de conocer en Ojo de Agua, empezó a desvariar y a producirse en insensatas disertaciones, en desatinados exabruptos, en incomprensibles pruritos y en desatentadas ambulaciones. De la risa sardónica pasaba al llanto delicuescente; de la vertiginosa carrera a la absoluta quietud; tan pronto se abrazaba a Fulgencio como blandía la botella del vinagre para descargarla sobre su cabeza. Evidentemente había perdido la razón o algún importante tornillo de ella.

Epílogo

Doña Escolástica seguía venate algunos días después, y era el caso de pensar seriamente en la conjuración de su deschavetamiento.

Convenido en que estaba loca de remate, surgieron dudas sobre si someterla al tratamiento de Cabred o de Peralta Martínez, prevaleciendo por último la opinión de Deolinda, que consideraba conveniente mantener la expectativa algún tiempo más, para ver si la naturaleza suplía con ventaja al frenópata.

El médico de la casa vino a apoyar el temperamento aconsejado por la poetisa, expresando la opinión de que una temporada de campo devolvería a doña Escolástica la fortaleza de sus nervios y el equilibrio de sus facultades.

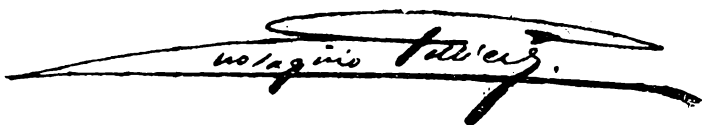
Fulgencio ofreció su chacra, y a ella se fueron todos menos el gato, que, después de lo ocurrido, ya no podía inspirar a Deolinda sino ideas criminales, sumamente peligrosas para el minino.

Los aires puros y el saludable ejercicio, de consuno con el costillar asado y el mondongo, fortificaron el organismo de doña Escolástica, y en pleno uso de su caletre y muy reconocida a sus hospitalarios bienhechores, depuso sus ojerizas, sus prejuicios, sus escrúpulos, su garrubería estrambótica, sus rencores y sus intransigencias en aras de la gratitud, y sacrificándolo todo a la felicidad de su hija, cada vez más entusiasmada con Ignacio, no sólo accedió a que tuviera por suegro al "relapso", sino que, para no separarse de ella, convino en que el connubio se efectuara por partida doble,

pues, al fin y al cabo, ni ella ni Fulgencio eran tan carcamanes que no pudiesen reincidir en el desposorio.

Se casaron, pues, y en el mismo día, don Fulgencio y doña Escolástica e Ignacio y Deolinda, que en los primeros meses cantó a la aurora, al chingolo y al véspero, pero que después, llevada del utilitarismo y del espíritu práctico que Fulgencio e Ignacio la transfundieran, se entregó empeñosamente a la tarea de engordar chanchos, que alguna vez le servían de musa para hacer pareados como este:

En el cerdo mi numen no ejercito,
pero tiene un jamón muy exquisito.



Buenos Aires, junio de 1918.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

¡Muchachas! ¡Háganlo ahora! Si el cabello se cae es señal de que hay Caspa

Un frasco de "Danderine" conservará su cabello y duplicará su belleza.

¡Prueben esto! El cabello se le pondrá suave, ondeado, abundante y lustroso al momento.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Es solamente cuestión de usar un poco de Danderine el tener una cabellera hermosa y abundante, suave, lustrosa, ondeada y sin caspa. Es muy fácil y poco costoso tener una cabellera encantadora y abundante. Sólo tiene que comprar ahora un frasco de Danderine de Knowlton, que todas las boticas recomiendan, aplíquese un poco según las instrucciones que acompañan a cada frasco, y al cabo de los diez minutos se notará más abundante. Se pondrá fresco, sedoso, cogerá un lustre incomparable y verá que no puede encontrar la menor partícula de caspa, y no se caerá el cabello; pero su verdadera sorpresa será

después de usarlo por varias semanas, cuando vea su cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Danderine es el único tónico, a nuestro juicio, que hace crecer el cabello, destruye la caspa, cura la picazón en el cráneo y evita que el cabello se caiga.

Si Ud. quiere ver lo bonito y suave que su cabello es, humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Su cabello se pondrá suave, lustroso y bello en pocos minutos; una sorpresa agradable aguarda a todas aquellas personas que lo prueben.

Un consejo privado que a todos interesa

Más de una vez habréis pensado en encontrar un medio eficaz y sencillo que os librase de ciertos padecimientos tenaces; padecimientos que no sólo causan crisis agudas, sino que también traen, como consecuencias inmediatas, graves dolencias y la suspensión completa de vuestras actividades personales, ya sean en las tareas cotidianas o bien en vuestras expansiones sociales.

Por temor de caer en el mayor de los ridículos, esas dolencias las reserváis en la mayoría de los casos para vosotros mismos, como padecimientos secretos, abandonándoos, ignorando posiblemente el progreso alarmante de esa afección intestinal que comienza en apariencia por ligeras molestias al sentaros, dificultad notoria al caminar y tener que pasar largas noches de insomnio en la cama boca abajo. Pues bien, esos padecimientos, que no son otra cosa en su principio sino, irritaciones del extremo del intestino se convierten en serias afecciones, degenerando en crisis hemorroidarias que al descuidarlas, se corre el seguro riesgo de ulceraciones difíciles de curar y el posible injerto de un cáncer que reclama intervenciones quirúrgicas dolorosísimas y una curación de larga convalecencia. Ahora bien, con el uso de cierta materia llamada noridal se evita llegar a ese triste porvenir, y es tan fácil su uso y este método, por otra parte, es tan higiénico y cómodo, que no se abandona hasta la completa curación.

Lo único que debe aportar el paciente como leve ayuda al método que recomendamos, es la aplicación con constancia de noridal y facilitar vuestras evacuaciones regulando las funciones intestinales con algún laxante de hierbas y no con purgas que producen hábitos e irritaciones. Hacedlo, y no solamente agradeceréis nuestro consejo, sino que también lo recomendaréis a vuestros amigos, gozosos de vuestra salud reconquistada.

Una oferta de **Thompson**
Muelleg & Co.
que no necesita comentarios.



ACOLCHADOS INGLESES, recién recibidos, rellenos de plumas finas y forrados con satinette. Inmensa variedad de gustos. Artículo de mucha vista y gran duración, a los siguientes precios verdaderamente excepcionales :

1 plaza mts.	1.35 x 1.80,	a \$ 26 y	\$ 24.—
2 „ „	1.45 x 1.80,	a	„ 28.50

CATALOGOS Y EMBALAJE GRATIS

FLORIDA 833

Buenos Aires